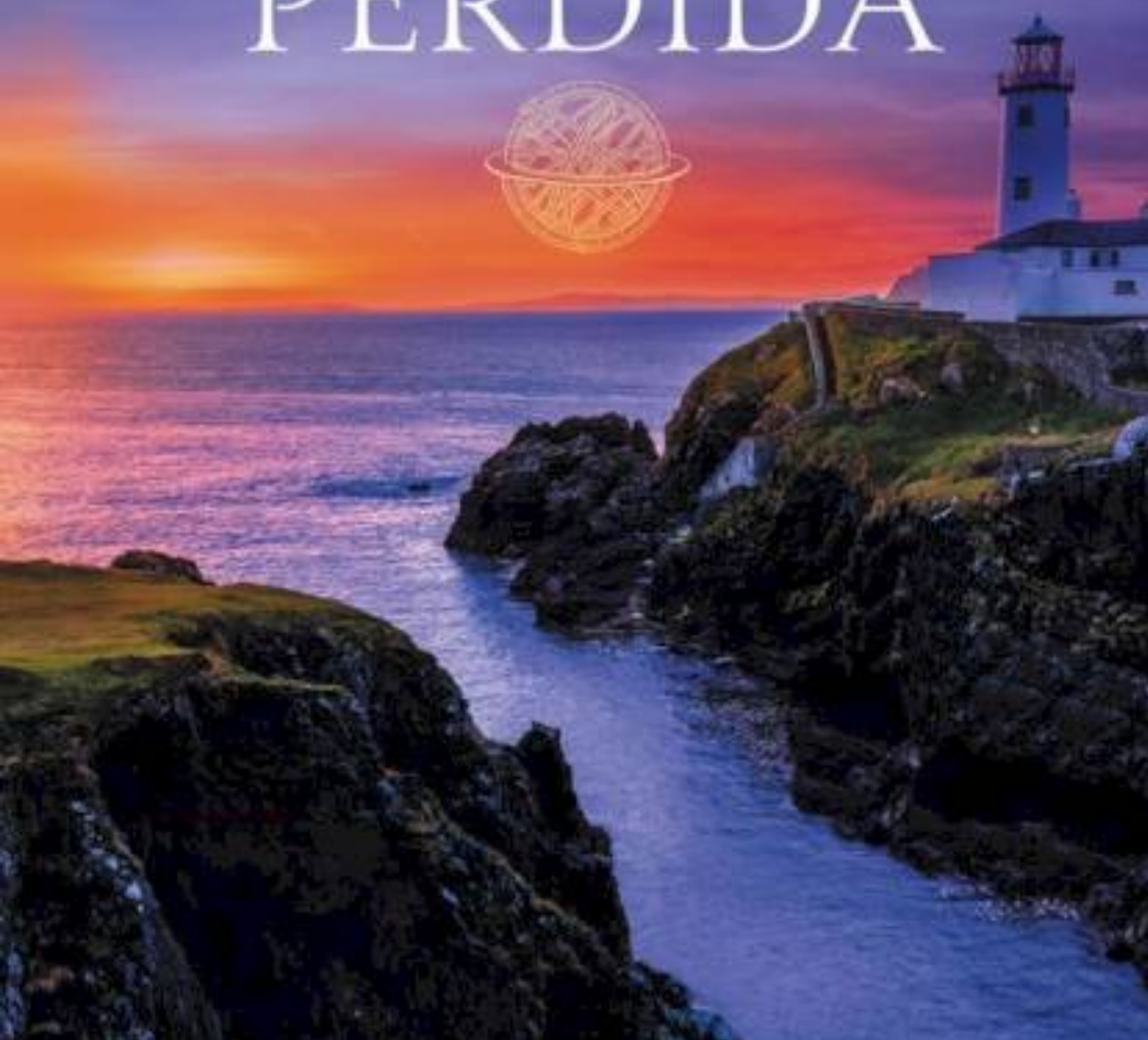


Lucinda Riley

*La*

HERMANA  
PERDIDA



Siete hermanas, siete destinos, un padre con un pasado misterioso.

Cada una de las seis hermanas D'Aplièse ha realizado ya su propio e increíble viaje para conocer sus orígenes, pero todavía queda una pregunta a la que no han hallado respuesta: ¿quién es y dónde se encuentra la séptima hermana?

Cuentan con una única pista: el dibujo de un peculiar anillo de esmeraldas con la forma de una estrella. La búsqueda para encontrar a la hermana perdida las llevará por todo el planeta –de Nueva Zelanda a Canadá, Inglaterra, Francia e Irlanda– en su misión de reunir por fin a la familia.

Y, al hacerlo, poco a poco irán descubriendo una historia de amor, fuerza y sacrificio que comenzó hace casi un siglo, cuando otras valientes mujeres arriesgaron todo lo que tenían para cambiar el mundo que las rodeaba...

*Para Harry*

El coraje es saber qué no hemos de temer.  
PLATÓN

## Listado de personajes

### ATLANTIS

Pa Salt - padre adoptivo de las hermanas (fallecido)  
Marina (Ma) - tutora de las hermanas  
Claudia - ama de llaves de Atlantis  
Georg Hoffman - abogado de Pa Salt  
Christian - patrón del yate

### LAS HERMANAS D'APLIÈSE

Maia  
Ally (Alción)  
Star (Astérope)  
CeCe (Celeno)  
Tiggy (Taygeta)  
Electra  
Mérope (ausente)

# Mary-Kate

Valle de Gibbston, Nueva Ze-  
landa

Junio de 2008

## 1

**R**ecuerdo con exactitud dónde me encontraba y qué estaba haciendo cuando vi morir a mi padre. Estaba más o menos donde ahora, acodada en la barandilla del porche de madera que rodea nuestra casa, viendo a los vendimiadores avanzar por las cuidadas hileras de vides colmadas con los frutos del año. Me disponía a bajar por la escalera para sumarme a ellos cuando, con el rabillo del ojo, vi que, de pronto, mi padre, que era grande como una torre, desaparecía de mi vista. Al principio pensé que se había arrodillado para recoger un racimo de uvas descarriado – detestaba el desperdicio, fuera del tipo que fuese, rasgo que él atribuía a la mentalidad presbiteriana de sus padres escoceses–, hasta que los vendimiadores de las hileras vecinas salieron disparados hacia él. Desde el porche salvé a la carrera los cien metros que me separaban de mi padre. Para cuando llegué, uno de ellos le había abierto la camisa e intentaba reanimarlo con compresiones en el pecho y el boca a boca y otro había llamado a urgencias. La ambulancia tardó veinte minutos en llegar.

Incluso cuando lo subían a la camilla, yo ya sabía, por el aspecto céreo de su tez, que no volvería a escuchar esa voz potente y profunda que contenía tanta gravedad y que, sin embargo, podía transformarse en un segundo en una risa ronca. Con las mejillas bañadas en lágrimas, besé suavemente las suyas, curtidas y rubicundas, le susurré que lo quería y le dije adiós. En retrospectiva, esa terrible experiencia fue surrealista: la transición de estar tan lleno de vida a, en fin..., nada salvo un cuerpo vacío, exánime, era imposible de asimilar.

Después de meses padeciendo dolores en el pecho que papá fingía que eran indigestiones, por fin había aceptado ir al médico. Le dijeron que tenía el colesterol alto y que debía ceñirse a una dieta. Mi madre y yo nos desesperábamos porque él seguía comiendo lo que le apetecía y bebiendo una botella de tinto con la cena de cada noche. Así pues, la conmoción no debería haber sido tan grande cuando, finalmente, sucedió lo peor. Supongo que lo creíamos indestructible, su fuerte personalidad y su afebilidad alimentaban esa ilusión, pero, tal como mi madre señaló con pesimismo, a fin de cuentas no somos más que carne y huesos. Por lo menos había vivido como había deseado hasta el final de sus días. Tenía setenta y tres años, un hecho que a mí nunca me cuadró con su fortaleza física y su pasión por la vida.

El resultado era que me sentía timada. Al fin y al cabo, yo solo tenía veintidós años, y aunque siempre había sabido que había llegado tarde a la vida de mis padres, no caí en la importancia de ese detalle hasta que papá murió. Durante los primeros meses después de su pérdida sentí rabia ante aquella injusticia; ¿por qué no había llegado antes a su vida? Mi hermano mayor, Jack, que tenía treinta y dos, había disfrutado de papá diez años más que yo.

Mamá percibía mi enfado, aunque yo nunca comentaba nada. Y entonces se me comían los remordimientos, porque ella no tenía ninguna culpa. La quería tanto..., siempre habíamos estado muy unidas, y era evidente que ella también sufría. Nos esforzamos por consolarnos mutuamente y, de alguna manera, conseguimos superarlo juntas.

Jack también se portó de maravilla, dedicó la mayor parte de su tiempo a revisar las tremendas repercusiones burocráticas de la muerte. Además, tuvo que ponerse al frente de The Vinery, el negocio que mamá y papá habían levantado de cero; por suerte, papá se había encargado de formarlo bien.



Desde que Jack era poco más que un bebé, papá se lo llevaba cuando emprendía el ciclo anual de cuidar de las preciadas vides que entre febrero y abril, dependiendo del clima, producirían las uvas que más tarde se recogerían y con el tiempo resultarían en las deliciosas –y recientemente premiadas– botellas de pinot noir que se apilaban en el almacén, listas para exportarlas a toda Nueva Zelanda y Australia. Papá había guiado a Jack en cada paso del proceso, y para cuando cumplió doce años tal vez hubiera podido dirigir al personal, tales eran los conocimientos que le había transmitido.

A los dieciséis, Jack anunció que quería unirse a papá y dirigir The Vinery algún día, lo que satisfizo muchísimo a nuestro padre. Estudió gestión empresarial en la universidad y luego empezó a trabajar a tiempo completo en el viñedo.

–No hay nada como dejar un legado próspero –exclamó papá alzando la copa después de que Jack pasara seis meses en un viñedo de la región australiana de Adelaide Hills y lo declarara preparado–. Puede que algún día también tú te unas a nosotros, Mary-Kate. ¡Por la presencia de viticultores McDougal en estas tierras durante los siglos venideros!

Jack se había sumado al sueño de papá, pero a mí me había sucedido lo contrario. A mi hermano le fascinaba de verdad elaborar vinos espléndidos, pero además tenía una nariz capaz de detectar una uva solitaria a un kilómetro de distancia y era excelente como empresario. Yo había pasado mi infancia y adolescencia viendo a papá y a Jack patrullar las vides y trabajar en lo que llamábamos con afecto «el laboratorio» (en realidad, poco más que un cobertizo con tejado de hojalata), pero otras cosas habían captado mi interés. Ahora veía The Vinery como una entidad separada de mí y de mi futuro. Eso no me había impedido trabajar en nuestra pequeña tienda durante el colegio y las vacaciones universitarias, o ayudar siempre que

se me necesitaba, pero el vino no era mi pasión. Aunque papá pareció decepcionado cuando le dije que quería estudiar música, tuvo la gentileza de entenderlo.

–Me alegro por ti –dijo abrazándome–. La música es un dominio muy amplio, Mary-Kate. ¿Qué parte de ella ves como tu futura carrera?

Le conté con timidez que algún día me gustaría ser cantante y componer mis propias canciones.

–Ese es un sueño magnífico, y solo puedo desearte suerte y decirte que tu madre y yo te apoyaremos siempre.

–Me parece maravilloso, Mary-Kate, en serio –dijo mamá–. Expresarte a través de las canciones es algo mágico.

De modo que música fue lo que estudié; me decanté por la Universidad de Wellington, que ofrecía una titulación de primer orden, y disfruté de cada segundo. Disponer de un estudio de última generación donde grabar mis canciones, así como estar rodeada de otros estudiantes que vivían para esa misma pasión, era increíble. Formé un dúo con Fletch, un buen amigo que tocaba la guitarra rítmica y cuya voz armonizaba con la mía. Conmigo en el teclado, conseguimos algún que otro bolo en Wellington, y el año pasado actuamos en el concierto de graduación; fue la primera vez que mi familia me veía cantar y tocar en directo.

«Estoy muy orgulloso de ti, MK», había dicho papá antes de envolverme en un abrazo. Fue uno de los mejores momentos de mi vida.

–Y aquí estoy un año más tarde, con mi título bajo el brazo y todavía rodeada de viñas –farullé–. En serio, MK, ¿de verdad creías que Sony llamaría a tu puerta y te suplicaría que grabaras un disco con ellos?

Hacía un año que había terminado la universidad y cada vez veía mi futuro profesional más negro; la muerte de papá, además, había supuesto un duro golpe a mi creatividad. Sentía que había perdido dos grandes amores al mis-

mo tiempo, sobre todo porque estaban estrechamente conectados entre sí. Fue el gusto de papá por las cantautoras lo primero que despertó mi pasión por la música. Crecí escuchando a Joni Mitchell, Joan Baez y Alanis Morissette.

Mis años en Wellington también me hicieron tomar conciencia de lo protegida e idílica que había sido mi infancia en el maravilloso jardín del edén que era el valle de Gibbston. Las montañas que se alzaban alrededor proporcionaban una reconfortante barrera física, mientras que la fértil tierra era pródiga en frutos jugosos.

Recordaba a Jack, cuando era adolescente, animándome a comer las grosellas estrelladas silvestres que crecían en arbustos espinosos detrás de nuestra casa, y sus risotadas cuando escupí la ácida fruta. En aquel entonces yo deambulaba a mi aire, sin la vigilancia de mis padres; ellos sabían que estaba a salvo en la preciosa campiña que nos rodeaba, jugando en los arroyos frescos y transparentes y persiguiendo conejos por la áspera hierba. Mientras mis padres trabajaban en el viñedo, haciendo de todo, desde plantar vides y protegerlas de la hambrienta fauna hasta recoger la uva y prensarla, yo vivía en mi propio mundo.

Una nube eclipsó de pronto el sol radiante de la mañana y dio al valle un tono verde grisáceo. Era un aviso de que el invierno estaba cerca, y me pregunté, no por primera vez, si había acertado en mi decisión de quedarme a verlo. Dos meses atrás, mamá había comentado que estaba pensando hacer lo que denominó una Gran Gira por el mundo para visitar a amigos a los que no veía desde hacía años. Me preguntó si quería acompañarla. En aquel momento yo todavía esperaba que la maqueta que había grabado con Fletch, y que habíamos enviado a discográficas de todo el mundo antes de que papá muriera, despertara un mínimo de interés. Sin embargo, las respuestas que nos decían que nuestra música no era lo que la pro-

ductora estaba «buscando en este momento» se amontonaban en el estante de mi dormitorio.

–Cielo, supongo que no hace falta que te diga que poner un pie en el negocio de la música es muy difícil –había dicho mamá.

–Por eso creo que debería quedarme aquí –contesté–. Fletch y yo estamos trabajando en algo nuevo. No puedo abandonar el barco a la primera de cambio.

–No, claro que no. Por lo menos cuentas con el respaldo de The Vinery si las cosas van mal –añadió.

Sabía que solo pretendía animarme y que yo debería estar agradecida por poder ganar un dinero trabajando en la tienda y ayudando con las cuentas. Pero mientras contemplaba mi jardín del edén solté un largo suspiro, porque la idea de pasar aquí el resto de mi vida no me atraía lo más mínimo, por muy seguro y bonito que fuera. Todo había cambiado desde que me fui a la universidad, y más aún después de la muerte de papá. Era como si el corazón de este lugar hubiese dejado de latir con su partida. Tampoco ayudaba el hecho de que Jack, que había aceptado, antes de que papá falleciera, pasar el verano en un viñedo del valle del Ródano, en Francia, hubiera decidido, con el beneplácito de mamá, seguir adelante con el plan.

«El futuro del negocio está ahora en manos de Jack y necesita aprender todo lo que pueda –me había dicho mamá–. Tenemos a Doug, nuestro encargado, para dirigir el viñedo. Además, es la estación tranquila, el momento idóneo para que Jack haga este viaje».

Pero desde que mamá emprendiera ayer su Gran Gira, y con Jack también ausente, me sentía muy sola y corría el riesgo de hundirme en una tristeza cada vez más profunda.

–Te echo de menos, papá –murmuré mientras entraba para desayunar a pesar de que no tenía hambre.

La silenciosa casa no contribuía a mejorar mi estado de ánimo. Durante mi infancia había sido un constante ir y ve-

nir de gente; cuando no eran los proveedores o los vendedores, eran los visitantes que papá atraía con su charla. Además de darles a probar sus vinos, a menudo los invitaba a comer. Ser hospitalarios y cordiales formaba parte del carácter neozelandés, y yo estaba acostumbrada a sentarme con completos desconocidos a la gran mesa de pino con vistas al valle. Ignoraba cómo se las ingeniaba mi madre para sacar fuentes repletas de deliciosa comida en un instante, pero lo hacía y, con la afabilidad que aportaba papá, había diversión y risas aseguradas.

También echaba de menos a Jack, la energía serena y positiva que irradiaba siempre. Le encantaba tomarme el pelo, pero yo sabía que siempre me apoyaba, que era mi protector.

Saqué el zumo de naranja de la nevera y vertí lo que quedaba en un vaso, tras lo cual rebané una hogaza de pan del día anterior. La tosté a fin de hacerla comestible y me puse a escribir una lista de la compra para abastecer la nevera. El supermercado más cercano estaba en Arrowtown, y necesitaba ir pronto. Aunque mamá había dejado un montón de guisos en el congelador, no me parecía bien descongelar las enormes fiambreras solo para mí.

Sentí un escalofrío cuando me llevé la lista a la sala de estar y me senté en el viejo sofá, delante de la chimenea, con su gran campana hecha de la roca volcánica gris que abundaba en la región. Era el elemento que convenció a mis padres, treinta años atrás, de que debían comprar lo que en aquel entonces era un refugio de una sola estancia en medio de la nada. No contaba con agua corriente ni instalaciones, y a mamá y papá les gustaba recordar cómo aquel primer verano ellos y Jack, que contaba dos años, habían utilizado el riachuelo que caía entre las rocas, detrás del refugio, para lavarse, y un agujero en el suelo como retrete.

«Fue el verano más feliz de mi vida –decía mamá–, y el invierno, con el fuego, fue aún mejor».

Mamá estaba obsesionada con el fuego, y en cuanto aparecía la primera escarcha en el valle nos enviaba a papá, a Jack y a mí al almacén a buscar leña, en su punto después de los meses transcurridos tras haberla cortado. Apilábamos los leños en los nichos que flanqueaban la chimenea, luego mamá disponía la leña sobre la rejilla y el ritual de lo que la familia llamaba «la primera llama» tenía lugar cuando encendía una cerilla. A partir de ese momento, el fuego ardía alegremente todos los días de los meses de invierno, hasta que las campanillas y los jacintos silvestres (cuyos bulbos mi madre había hecho traer de Europa) florecían bajo los árboles entre septiembre y noviembre; nuestra primavera.

«Quizá debería encender la chimenea», me dije, pensando en la luz cálida y acogedora que me recibía en los días gélidos de mi infancia, cuando llegaba del colegio. Si papá había sido el corazón metafórico del viñedo, mamá y su fuego lo habían sido del hogar.

Me detuve en seco; era demasiado joven para empezar a rememorar recuerdos de la infancia en busca de consuelo. Solo necesitaba un poco de compañía, nada más. El problema era que casi todos mis amigos de la universidad estaban o trabajando o viajando y disfrutando de sus últimos momentos de libertad antes de establecerse y buscar un empleo.

Aunque teníamos línea de teléfono, la cobertura de internet en el valle era intermitente. Enviar correos constituía una pesadilla, y papá solía optar por conducir media hora hasta Queenstown y utilizar el ordenador de su amigo, el agente de viajes, para mandarlos. Llamaba a nuestro valle «Brigadoon», por una vieja película sobre un pueblo que solo despertaba un día cada cien años, para que el mundo exterior no pudiera cambiarlo. Bueno, quizá el valle fuera Brigadoon –desde luego, se mantenía más o menos inalterado–, pero no era el lugar para que una cantautora en ciernes dejara su impronta. Mis sueños estaban llenos

de Manhattan, Londres o Sidney, de esos edificios altísimos que albergaban discográficas dispuestas a convertirnos a Fletch y a mí en estrellas...

El teléfono fijo irrumpió en mis pensamientos y me levanté para contestar antes de que colgaran.

–Ha llamado a The Vinery –dije como un loro, como hacía desde pequeña.

–Hola, MK, soy Fletch –dijo empleando el apodo con el que me llamaba todo el mundo menos mi madre.

–Ah, hola. –Se me aceleró el corazón–. ¿Alguna novedad?

–Ninguna, salvo que he pensado que podría aceptar tu ofrecimiento de ir a tu casa. El café me ha dado un par de días libres y necesito salir de la ciudad.

«Y yo necesito entrar...»

–¡Genial! Ven cuando quieras. Aquí estaré.

–¿Qué tal mañana? Iré en la furgoneta, así que me llevará casi toda la mañana, si Sissy no me falla, claro.

Sissy era la furgoneta con la que Fletch y yo habíamos acudido a nuestros bolos. Tenía veinte años, estaba oxidada en todos los lugares que podían oxidarse y eructaba humo por el tubo de escape que Fletch había sujetado provisionalmente con una cuerda. Confié en que Sissy superara las tres horas de trayecto desde Dunedin, donde Fletch vivía con su familia.

–Entonces ¿te espero para comer? –pregunté.

–Sí. Tengo muchas ganas de ir, ya sabes que ese lugar me encanta. A lo mejor podríamos pasar unas horas al piano, componiendo algo nuevo.

–A lo mejor –dije, sabedora de que no estaba de un humor de lo más creativo–. Adiós, Fletch, hasta mañana.

Colgué y regresé al sofá sintiéndome más positiva ahora que sabía que Fletch iba a venir; su sentido del humor y su optimismo siempre conseguían alegrarme.

Oí un grito seguido de un silbato, la señal que Doug, el encargado del viñedo, utilizaba para avisarnos de que es-